

JUAN MONTALVO

ENSAYO BIOGRAFICOS

Por: AGUSTIN L. YEROVI.

I

El HOMBRE de grande ingenio tiene más de una semejanza con las cimas.

Como éstas, llena los horizontes con la enormidad de sus proporciones; yergue la frente entre lo desconocido del infinito; agita en lo interior el fuego cósmico de la creación y resplandece con el fulgor de los astros. También, como las cumbres, tiene el privilegio de atraer para sí nubes y tempestades.

El Ecuador, notable en el mundo físico por sus montañas y volcanes; el Chimborazo, el Tungurahua, el Cotopaxi, el Pichincha, el Sangay, no deja de serlo igualmente en los dominios de la inteligencia.

De promoverse un certamen sud-americano, en el que cada nación concurriera con sus hombres más preclaros, no es aventurado afirmar que correspondería á la patria de los sucesos del 10 de Agosto y del 9 de Octubre, uno de los primeros puestos, si no por el número, por la calidad de sus representantes.

En la antigüedad: Mejía, Espejo, Miguel de Santiago, Maldonado; en la aurora de la independencia: Olmedo, Lamar, Rocafuerte; posteriormente, Moncayo, García Moreno, Gómez de la Torre, Dolores Veintemilla, Malo, Pedro Carbo, Aguirre, Urbina y Roca.

Pertenece á estos últimos, si bien más joven, Juan Montalvo. Su personalidad es tan compleja y poderosa, que al estudiarla tienen de tomarse como evidentes ciertos personajes y sucesos mitológicos.

Montalvo es algo como un ciclope, un gigante. De ser cierta la tradición de la espada de Aquiles, el mérito de la pluma de Montalvo llevaría á la inducción de que ella hubo de ser forjada en fraguas donde se funden diamantes, y se elaboran rayos.

Montalvo simboliza la perfección en la forma y manera de expresar el pensamiento.

En las pocas letras del alfabeto, cosa á la verdad muy rara, encuentra suficiente material para revestir con belleza imperecedera, todas las producciones de su exuberante fantasía y dar precisión y colorido á todos los sentimientos y agitaciones de su alma volcánica.

No ha muchos meses, al ser incorporado José M. Heredia en la Academia Francesa, á propósito de uno de los grandes poetas del siglo, entre otras cosas, expresó lo siguiente:

"Es el Maestro del verbo y de las imágenes. Conoce todas las palabras del idioma. Prodigioso visionario, su fantasía objetiva es tal, que materializa la idea. Hace tocar lo impalpable y ver lo invisible. Ha encontrado colorido para pintar las sombras, é imágenes para figurar la nada".

Semejantes conceptos parece que fueran consagrados al gran escritor ecuatoriano.— Tal fué Montalvo.

II

La personalidad de Montalvo, queda dicho, es compleja; algo más: múltiple. Sus escritos lo comprueban.

"El Cosmopolita" evidencia al publicista; "Los Siete Tratados", al filósofo; "El Espectador", al erudito; "Las Catilinarías", "La Mercurial Eclesiástica", al crítico y polemista; "Granja", "El Descomulgado", al dramaturgo; "El Padre Lachaise", "La juventud se vá", "Las cartas de un padre joven", al poeta; "El Ensayo de imitación de una obra inimitable", al burlón épico; á la manera de Rabelais y Cervantes.

Mas, para la justa y cabal apreciación de Montalvo, junto con el estudio de sus libros, es indispensable el conocimiento de su modo de ser íntimo; se necesita, á manera de buzo en las profundidades del océano, penetrar hasta el fondo de su alma, sorprender en ella los tesoros que guarda, las situaciones que ha pasado, las tempestades de que ha sido víctima

El procedimiento si bien psicológico, tiene la ventaja de disipar sombras y dar realce á prendas desconocidas.

M. P. Bourget, ese inquisidor de almas, al someter á Montalvo á su sistema de ensayos, pasaría por sorpresa al encontrar en una sola individualidad el distintivo característico de muchos de sus contemporáneos notables. A la verdad, Montalvo, **mártir de la generación actual testigo de verdaderas tragedias sociales**, tiene algo del cosmopolitismo de Bayle, un si es no es de la sensibilidad filosófica de Renán, el romanticismo de Flaubert, la belleza de estilo y amor al arte de los hermanos Goncourt, el moralismo sui géneris de Dumas hijo, el pesimismo de Byron, y porque no decirlo, cierto misticismo profano de Baudelaire.

Doña Emilia Pardo Bazán definió al autor de "Los Siete Tratados": "alma religiosa y pensamiento heterodojo". Y á fé que á él no le causó disgusto el calificativo.

Los conceptos anteriores sirven para poner de manifiesto que no entra como propósito, en el ensayo biográfico acometido, la suprema labor de un análisis crítico de las obras de Montalvo. Apremiar las propias fuerzas, así como evitar aventuras, es obra de cordura. El gran esfuerzo, la gran cualidad de muchos, consiste en señalar la existencia de un Tesoro. Toca á seres más afortunados, llegar á la estimación y pleno disfrute de lo antes indicado.

En asuntos del género, conviene no olvidar, además, las influencias del tiempo. El hombre de genio para los contemporáneos, produce efectos semejantes á la proximidad del sol: aturde y ciega.

Shakespeare ha menester más de trescientos años para ser perfectamente apreciado; á Dante en la época de Lamartine, se lo considera todavía un caos; Stendhaly, y fué pronóstico suyo, sólo en estos últimos años, empieza á ser comprendido.

El elemento tiempo adquiere más importancia cuando se trata de existencias cuya consigna parece fuera la lucha. Sud-américa no ha tenido polemista más ardiente, ni las libertades defensor más poderoso. Combatió á García Moreno, ó sea la Teocracia; combatió á Veintemilla ó sea la Dictadura Militar; combatió el vicio, la ignorancia, la rutina, la servidumbre, la injusticia.

El terreno de acción se conserva aún, candente y movedizo; el humo del combate levanta todavía brumas que oscurecen al ven-

cedor: los ayes y la sangre de las víctimas, como que alejan á los admiradores del héroe. No debe inquietar. La apoteosis, la inmortalidad vendrán al fin. La gloria, por lo común, tiene periodos largos de incubación. El altar donde el genio brilla con todos sus resplandores, lo levanta siempre la posteridad.

Una que otra apreciación contemporánea respecto del mérito de Montalvo, dado el nombre de sus autores, es del caso, sin embargo, recordarlas. Son como los esclarecimientos de la aurora que preceden á la claridad del día.

Don Miguel Antonio Caro, al leer uno de los primeros números de "El Cosmopolita", le dirige una carta y, entre otros conceptos, expresa lo siguiente:

"Digo á Ud., sin lisonja, que me ha sorprendido en sus escritos, un raro conjunto de condiciones, por una parte difícil de conciliar y por otra nada comunes en autores americanos. Hallo en Ud. un nestilo natural y riguroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco y frase castigada. Por lo que hace al fondo, noto elevación de miras, grandeza de pensamientos y riqueza de recuerdos".

Por la misma época, D. Rufino Cuervo, filólogo profundo, escribía á Montalvo: Espero se digne enviarme la colección de "El Cosmopolita", pues será la joya de mi Biblioteca. Al dirigirme á Ud., lo hago impulsado por el interés que naturalmente anima á toda persona en favor de obras que por la filosofía y erudición que entrañan, así como por su estilo robusto y castigado lenguaje, honran á la nación que tiene la gloria de contar como hijos á sus autores".

M. Augusto Meulemans, en un bellissimo artículo se expresa así: "Los escritos de Montalvo contienen tantas ideas diversas, tantas apreciaciones de varia índole, tanta filosofía personal, tanta poesía, tanta inspiración, que se hace imposible aplicarles análisis riguroso; así como es casi imposible analizar rigurosamente los "Ensayos" de Miguel de Montaigne; el "Libro de la Sabiduría" de Pierre Charrón, ó las "Máximas" de Larrochefoucauld".

Rafael M. Merchán, crítico que se ha holgado en tomar gazapos á Víctor Hugo y no muy afecto á Montalvo, en su obra "Estudios Críticos", confiesa á la postre lo siguiente:

"Ministerio de Guerra y Marina de España, en el
 año de mil ochocientos ochenta y tres. En el
 día de hoy, en la ciudad de Madrid. Yo, el Sr. D. Juan
 de Borja y Ceballos, Ministro de Guerra y Marina,
 he visto el expediente que se me ha presentado
 para que se conceda a D. Juan de Borja y Ceballos,
 el título de Comandante de Marina, y he acordado
 que se le conceda el mismo, con los honores y
 prerrogativas que a dicho título corresponden.
 En fe de lo qual, he firmado y sellado el presente
 decreto en la ciudad de Madrid, a los diez y siete
 dias del mes de Mayo de mil ochocientos ochenta
 y tres años. Yo, el Sr. D. Juan de Borja y Ceballos,
 Ministro de Guerra y Marina."

El Sr. D. Juan de Borja y Ceballos, Comandante de Marina,
 que el Sr. Ministro de Guerra y Marina ha acordado
 que se le conceda el título de Comandante de Marina,
 en virtud de este decreto, se le conceda el mismo.

"Al Sr. D. Juan de Borja y Ceballos, Comandante de Marina,
 he acordado que se le conceda el título de Comandante
 de Marina, con los honores y prerrogativas que a dicho
 título corresponden."

"Yo, el Sr. D. Juan de Borja y Ceballos, Ministro de Guerra y Marina,
 he acordado que se le conceda el título de Comandante
 de Marina, con los honores y prerrogativas que a dicho
 título corresponden."

"Yo, el Sr. D. Juan de Borja y Ceballos, Ministro de Guerra y Marina,
 he acordado que se le conceda el título de Comandante
 de Marina, con los honores y prerrogativas que a dicho
 título corresponden."

"Yo, el Sr. D. Juan de Borja y Ceballos, Ministro de Guerra y Marina,
 he acordado que se le conceda el título de Comandante
 de Marina, con los honores y prerrogativas que a dicho
 título corresponden."

Yo, el Sr. D. Juan de Borja y Ceballos,

Ministro de Guerra y Marina.

"Yo, el Sr. D. Juan de Borja y Ceballos, Ministro de Guerra y Marina,
 he acordado que se le conceda el título de Comandante
 de Marina, con los honores y prerrogativas que a dicho
 título corresponden."

"Yo, el Sr. D. Juan de Borja y Ceballos, Ministro de Guerra y Marina,
 he acordado que se le conceda el título de Comandante
 de Marina, con los honores y prerrogativas que a dicho
 título corresponden."

"Nadie ha escrito mejor que él la lengua española en la América latina.

"Era puro; fuerte, sin mancha ni desmayos. Su anatema mataba.

"No escribía; sino esculpía".

III

El viajero que visita el Ecuador, si después de admirar al Rey de los Andes, sigue dirección á Quito, al andar de algunas leguas tiene que detenerse sorprendido por el encanto de una perspectiva.

De improviso y de los bordes del camino, descuélgase entre nopales, melocotoneros y sauces, una pequeña ciudad, que al avanzar sobre la planicie se explana y levanta en delineadas calles y blancos edificios. Luego descende al río, salva las aguas, surge por la orilla opuesta para con frescas arboledas y abigarrados edificios, perderse en la cima de abrupta y pajiza cordillera.

De no presentar más de un inconveniente las comparaciones de lo grande con lo pequeño, de lo antiguo con lo moderno, merecería designarse dicha población con el nombre de Florencia del Ecuador.

No cuenta, es cierto, la ciudad andina, con mármoles, museos, palacios; mas, hay en sus horizontes igual ó mayor brillo; el semicírculo de los Alpes, lo reemplazan los promontorios más bellos de los Andes; allá el Monte Morello, acá el Tungurahua; allá el Arno silencioso y de ondas turbias; acá el cristalino y bullicioso Ambato, con sus vegas y jardines poéticos.

Florencia, como Ambato, en proporción á la importancia de las naciones de que forman parte, puede ser considerada centro importante en lo intelectual, artístico y comercial.

Florencia contribuyó á la resurrección de las ciencias y artes, mediante ese esfuerzo vivificador llamado Renacimiento; Ambato, en momentos de decadencia para la patria, ha sido santua-

rio de las ideas modernas, y contribuido con el mérito y esfuerzo de hijos como Pedro Fermín Ceballos, Nicolás Martínez, Juan León Mera, Constantino Fernández, Juan B. Vela, al brillo de la historia, de la poesía, de la política y magistratura ecuatorianas.

Florencia se jacta de ser la cuna del Dante; Ambato tiene la gloria de contar á Montalvo como el más grande de sus hijos.

La ocasión es llegada, aunque sea á vuela pluma, de poner en relieve, algo de lo más notable de la existencia de ciudadano tan ilustre.

El origen del carácter, ha dicho un escritor, está muchas veces en el linaje.

Rectitud, inteligencia, hombría de bien, intransigencia con el vicio, amor á la libertad, dotes que poseyó Montalvo en alto grado, puede decirse las tuvo por efectos de raza.

Desde tiempos lejanos, sus antecesores constituyeron en Ambato, una verdadera aristocracia, aun más por virtudes de familia, que por títulos de nobleza.

El niño, por lo común, es seguro pronóstico de lo que será más tarde el ciudadano. Alguien ha dicho que el padre del hombre es el niño. Apenas Montalvo concurría á las escuelas, por la contracción al estudio, por la dignidad de su porte, y por cierta austeridad y modo de ser de carácter, hizo preveer lo que sería más tarde.

Conocidas las aptitudes del niño, y dada la poca importancia de los planteles de instrucción, en Ambato, los padres resolvieron enviarle á Quito.

En esta ciudad no tardó en llamar la atención de profesores y condiscípulos. Entre sus facultades intelectuales descollaba una: la memoria. Era colosal, sin que sufriera menoscabo en el transcurso de los años.

Cuentan que en una solemnidad del colegio de San Fernando, colegio muy en boga, por entonces, uno de los pocos amigos de Montalvo, pronunció un discurso muy aplaudido. Por la noche, en un círculo de estudiantes, recita Montalvo la producción literaria de su amigo. Los jóvenes se agitan, el autor palidece, alguien deja oír la palabra plagio. "No, dice Montalvo, el discurso de un amigo, obligaba toda mi atención: lo sé de memoria".

La influencia de tan poderosa facultad, se valoriza en todos sus escritos. Montalvo no sólo deleita al lector; le instruye. Nadie como él emplea más recuerdos y alusiones; páginas tiene en las que cuenta por decenas citas históricas; más con cuánta espontaneidad y maestría!

Debe atribuirse á su prodigiosa memoria, la costumbre de escribir sin necesidad de contar con libros. Un escritor separado de su biblioteca, de las notas y apuntamientos que guarda, es algo como pintor, á quien se le limita la luz.

En la mesa donde fueron escritos "Los Siete Tratados" y "El Espectador" á buen seguro no había una sola obra de consulta.

A la muerte de Montalvo, el inventario de sus libros se reducía á unos pocos de autores contemporáneos de escasa importancia. Cosa curiosa! No poseía ni un Diccionario español. El Semanario de Caldas era, entre los libros encontrados, lo más valioso.

Montalvo, especie de enciclopedia ambulante, se servía de su memoria, con la misma facilidad que de la tinta en que mojaba su pluma. Su cerebro era como una máquina para grabar en planchas de acero. Lo que una vez leía, jamás lo olvidaba.

Después de obtener los grados del Bachillerato, concurrió por algún tiempo á las clases de Derecho. Lo delicado de su salud, ó más bien cierta repugnancia para continuar una carrera en la cual no siempre al mérito corresponde el mejor puesto, motivó el abandono de la Universidad, y su regreso á Ambato.

Establecido en el país natal, contrájose de la manera más asidua, al estudio. Pudo decirse que había hecho voto de clausura; á nadie visitaba; por nadie era visto. Los clásicos griegos y latinos, entre ellos Plutarco, Aristóteles, Horacio y Cicerón, eran sus compañeros íntimos.

Más de una ocasión, al rayar la aurora, sorprendió el padre que el lecho de su hijo, no había sido ocupado. El motivo de la vigilia era fácil de comprender; en el escritorio se veían pliegos de papel y libros aquí y allá, todavía no cerrados.

Con frecuencia, salía por la mañana á la estancia del Ficoa, con el doble objeto de disfrutar de la perspectiva de la naturaleza y procurar á los órganos musculares el ejercicio físico indispensable.

Muy a menudo, en altas horas de la noche, se lo sorprendió ya por las colinas que dominan la ciudad, ya á orillas del Ambato, ya sentado bajo el follaje de los árboles, ya reflexivo y taciturno delante de las lápidas de un cementerio. Qué hacía? El lo ha revelado cuando dijo: "Relaciones con las estatuas, que-haceres con las tumbas, secretos con la Eternidad, achaques son del genio".

Durante este período de su existencia, su ocupación predilecta más bien que escribir, era leer. Parece que hubiera previsto el lúgubre porvenir que le esperaba. Menester le era instruirse, hacer **provisión de lectura** porque en breve, el destierro lo llevaría á lugares donde la adquisición de libros no le sería posible.

Asciende á doce años la duración de su ostracismo, de los cuales siete hubo de permanecer en Ipiales, pequeño villorrio colombiano, en el cual no existía otra biblioteca que la del Párroco, compuesta de un Año Cristiano y uno que otro volumen de moral casuística. Al correo que, por casualidad, conducía un número de la **Estrella de Panamá** se le daba la importancia de una fiesta. Las personas aún de mediana sensibilidad pueden apreciar la enormidad de este tormento que no existe en el "Infierno del Dante": un hombre, en toda la plenitud de su inteligencia, condenado á no leer.

Fué en tal situación y en tal lugar, que bosquejó los "Capítulos olvidados á Cervantes", entre ellos el **Buscapié**, producción que por la altura de ideas, amplitud de doctrina, rectitud de criterio, hermosura y pureza de idioma, no hay exageración en colocarla como la más alta muestra de inteligencia en las letras españolas del siglo diez y nueve.

IV

"La Democracia", publicación hebdomadaria redactada en Quito por los años de 1852 á 1857, engalanó sus columnas con los primeros artículos de Montalvo. Los quilates del escritor como su originalidad y tendencias, fueron apreciados desde el comienzo. El General Urbina, á la sazón Presidente del Ecuador, para quien rodearse de hombres inteligentes era norma de política, llamó á la Capital al joven literato y procuró halagarle del mejor modo. Es evidente que, por entonces, se le hizo la oferta de enviarle á Europa con cargo diplomático.

Poco tiempo después, el General Francisco Robles, reemplazaba en el ejercicio de la primera Magistratura al General Urbina, y éste era nombrado Ministro Plenipotenciario cerca de Gobiernos de Europa. La ocasión se mostró propicia para que Montalvo realizara los deseos de conocer el viejo mundo. Urbina, de acuerdo con lo ofrecido, nombró como secretario y adjunto, respectivamente, á los jóvenes Francisco Javier Salazar y Juan Montalvo.

Peligros inminentes de guerrear con el Perú, hicieron indispensable la permanencia en la Patria del Ministro Diplomático nombrado. Consiguó, sin embargo, que partieran con anticipación á Europa los otros miembros del personal de su Legación.

"No quiero que pierdan tiempo, les dijo: el Ecuador espera mucho de UU. Váyanse; si, como no lo dudo, se consagran al estudio, después de breve plazo podrá enorgullecerse la patria de contar con un buen militar y un gran literato". Así se cumplió. Mas ¡oh veleidades de la política! Quienes de tal modo eran distinguidos por Urbina, al andar el tiempo, figuran como sus mayores enemigos. Montalvo escarneció á Urbina é hizo lo mismo con liberales de la talla de Espinel, Mestanza y Manuel Gómez de la Torre.

Montalvo al dirigirse á Europa, satisfacía una de las ambiciones y necesidades de su existencia. La educación más esmerada, como la instrucción más vasta, han menester, por complemento, del caudal de conocimientos que sólo se adquiere con los viajes.

Montalvo, en París, centro intelectual, estaba como en su elemento; con verdadero fervor contrájose á cada uno de los ramos á que le arrastraba secreta predilección. Un día se lo veía en la Sorbona, otro en el Colegio de Francia, otro en el Instituto, otro en el Palacio de Bellas Artes. Unas veces oía á Claudio Bernard, otras asistía á clases de humanidades, ya se lo veía en las bibliotecas como en los Museos, y en la redacción de diarios, es decir, en todo centro donde creía apagar la sed de instrucción que le devoraba.

Después de varios meses, conocía al París intelectual mejor que el más culto parisiense, el extremo de poder pasar como una especie de cicerone de todo lo artístico, espiritual y noble que contiene la Atenas moderna.

Por aquella época, el autor de **Graziela; de Rafael, de los Girondinos, de las Meditaciones**, yacía ciego en el ocaso de su vida. Montalvo no podía olvidar cuanto la América española y cuanto él mismo debían á Lamartine.

La sensibilidad y delicadeza de afectos, el amor a la libertad, han tenido como fuente de inspiración las tiernas y elevadas producciones del vate de Macón. En la actualidad, puede estar olvidado, pospuesto; pueden los admiradores del hombre bestia, mirar con desdén á lo que llaman romanticismo; mas la poesía vive y se renueva á través de las escuelas y vicisitudes literarias, arrastrando á cuantos sean capaces de esperar, sentir y creer.

Montalvo juzgó como deber sagrado visitar á Lamartine.

Las frases obsequiadas, mutuamente, las conoció el público de Paris.

Pocos días, después, el joven ecuatoriano, le dirigia por la prensa un tierno y conmovedor artículo. Lamartine no pudo resistir. Escribió, á su vez, una hermosísima carta que entre otras cosas dice lo siguiente:

"He leído estas líneas, y he amado la mano extranjera que las escribió. Ojalá en mi patria se abrigaran iguales sentimientos, pues no me vería obligado á repartir la sombra de mis árboles entre mis acreedores y deudos. Interrogada la Francia, ha contestado que muere. Bien, pues, moriré lejos de ella, para que no le queden ni mis huesos".

La patria para Montalvo no fué más benévola. Al saber lo ocurrido, le calificó de loco. Díjose: "Sólo á un Quijote se le ocurre ofrecer hospedaje en tierras lejanas á un hombre como Lamartine". ¡Locura, ofrecer asilo á quien por olvido de sus contemporáneos vive en el desamparo!

Con motivo de los sucesos políticos desarrollados en el Ecuador por los años de 59 y 60, se vió y Montalvo obligado á venir á su país. Junto con el adiós dirigido á Francia, debía despedirse de su tranquilidad é ilusiones. En adelante, sólo podía contar con privaciones, martirio, destierros.

El cuadro que presentaba la patria, á su llegada, era desconsolador. Soldadesca envanecida con los triunfos alcanzados sobre las fuerzas de Guillermo Franco, devastaban comarcas enteras. La indignación que causa la presencia de crímenes impunes, brotó en su alma. Sin fijarse en consecuencias, dirigió al caudillo triunfante una carta en la cual lo humanitario, la sana filosofía, compiten con la fuerza de argumentación y la belleza de la frase. Le dice

al comienzo: "No es la voz del amigo que pide su parte en el triunfo, la que ahora se hace oír, la del enemigo en rota que demanda gracia y desea incorporarse con los victoriosos". Luego en otro pasaje añade: "Déjeme Ud. hablar con claridad: hay en Ud. elementos de héroe y de suavicemos la palabra, de tirano. Tiene Ud. valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que si no procura adquirirlas á fuerza de estudio y buen sentido, caerá como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad".

A quien iban dirigidos tales conceptos, era a don Gabriel García Moreno.

Cuentan que cuando leyó dicha carta, aparentó reír. Acaso juzgó loco al autor, ya que la misiva tenía por objeto algo semejante á poner arneses á un torrente.

Mientras duró la primera administración de García Moreno, escribir en favor de las libertades era de lo más riesgoso. Había que esperar mejores tiempos.

El año 62, los superiores del Colegio de la Unión, á quienes la juventud ecuatoriana debe mucho, publicaron "El Iris" periódico puramente literario. Montalvo, elegido colaborador, en uno de los primeros números, dió á luz un notable artículo que tenía por epígrafe "Dios se acomoda á todos". Posteriormente, sin que se conozca el motivo, se abstuvo de escribir.

V

Hay revoluciones de revoluciones; las de trascendencia las realiza siempre la inteligencia.

El año de 1866, sin que hasta hoy lo confiesen hombres de añejas miras, señala una evolución trascendental para el Ecuador. De ella aparece como protagonista único, Juan Montalvo, o sea su publicación monumental: "El Cosmopolita".

Hasta entonces, las ideas liberales habían tenido caudillos, prosélitos, víctima; en la prensa más de un publicista pudo cosechar lauros, desconcertar al enemigo; pero hay que decir muy alto: nadie como Montalvo levantó tanto el pabellón del partido; ninguna pluma ha disparado dardos más mortíferos al enemigo; ningún

pecho ha alimentado tanto fuego por el culto de la libertad; nadie como él ha sabido hipnotizar, seducir, esas dos poderosas falanges de la sociedad: pueblo y juventud.

Treinta años van corridos, desde entonces, y aún se sienten los sacudimientos producidos en toda la nación, al oír las vibraciones de ese verbo regenerador.

Amigos y enemigos mostrábanse estremecidos, los unos de admiración, los otros de pavor.

Para la importancia de "El Cosmopolita", aglomeraronse requisitos, por lo común, muy difíciles de reunir.

Estaba de su parte lo noble de la causa: el levantamiento moral de un pueblo. Contaba con la oportunidad del momento: al Ecuador le era dado respirar con libertad durante un pequeño intervalo. Además, su autor poseía las virtudes que más atraen y sirven en la prensa. Era valiente, franco, apasionado por lo justo y lo bello.

En el primer número de "El Cosmopolita" dice á García Moreno: "García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con el mando no se le acaba su carácter, ni los ímpetus de su genio son menos de temer: siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, y, según es lengua, diestro en el manejo de las armas. ¿Será de cobardes irritarle con su ira? La cosa es clara, nadie que no esté firmemente resuelto, ni se sienta con ánimo para morir de su mano, ó matarle en propia y naural defensa, había de ir, inconsiderablemente, á echarle el agraz en el ojo".

A varios críticos, entre los cuales descubrió un amigo, después de probarle incompetencia y mala fé, termina: si estos caen en mi pluma, quedarán en tiras, en hilachas; y si es preciso que caigan en mis manos, les obligaré á bofetones á ser hombres. ¿No saben que hay mucha diferencia entre las pobres gentes aferradas á la vida, y los que la desprecian? El león es generoso, pero si le hieren alevosamente, ruge, salta, devora, vende cara su vida. Podré caer, pero será sobre otros".

Tanto como valor, poseía franqueza. No ocultaba ni aquello que tenía seguridad iba á causarle daño. Verdadero apóstol, juzgaba como deber dar á la publicidad, junto con la doctrina, sus más íntimos sentimientos. Perseguía el engrandecimiento de la patria. Menester, era hablar la verdad entera, sin disfraces ni miramientos.

Había declarado guerra á la tiranía, para vencerla; debía disponer de elementos á manera de rayos que no pueden ser ocultos por el fulgor y estrépito que producen.

"El Cosmopolita", si bien obra de combate, es la personificación de Montalvo. En los tres tomos de "El Espectador", por ejemplo, podrá ser más académico, más sobrio en imágenes y figuras, más culto; en "El Cosmopolita", demuestra la omnipotencia de las selvas tropicales, la pasión y fuego de la juventud, lo magistoso y abrupto de los Andes donde meció su cuna. A manera de Juan Jacobo Rousseau, con su libro de "Las Confesiones", Montalvo con el "El Cosmopolita" bajo el brazo, puede presentirse el día del juicio final, ante el Ser Supremo y decirle: "Este libro soy yo".

VI

El Ecuador, no debe mucho á sus cuerpos parlamentarios. Las Constituyentes y Congresos, con pocas excepciones, han representado los intereses del Gobierno: no del pueblo. En las colectividades, además, se observa un hecho muy especial; los hombres más honorables, por influencia del número, aceptan y sancionan hechos que, individualmente, rechazarían horrorizados. Psicológico ó no, el fenómeno, merece ser estudiado: acaso como los abismos, las mayorías tienen también fuerza de atracción.

La Legislatura del 66, por la conducta de sus miembros, como por los sucesos que realizó, bien merece ser considerada como una excepción honrosa. Es verdad. "El Cosmopolita" con sus doctrinas y propaganda, contribuyó á ello, con no escasa parte.

Después de mucho tiempo, la lista de liberales, propuestos como representantes, triunfó en todas las provincias de la República.

Los miembros del Municipio de Quito, conservadores todos, desconcertados con la derrota, por parte de escamoteo, pusieron á un lado á D. Manuel Angulo, Senador electo, para dar ascenso á su hombre-dios: García Moreno.

La suerte les había favorecido siempre. ¿Por qué temer que les fuera uraña en esta ocasión?

Llega el día de la instalación del Congreso.

Montalvo no era Diputado: en calidad de espectador, acompañado de jóvenes amigos, se coloca en la barra del Senado.

Entra luego don Gabriel García Moreno y, cosa casual, su persona completa el número para el *quorum* establecido por el reglamento.

—Declaro, dice el Presidente, instalado el Senado de la República.

—No hay número, contesta el secretario del momento, Dr. Mariano Mestanza.

El Presidente ordena se cuenten de nuevo los Senadores presentes. Era cierto: al incluir á don Gabriel García Moreno había *quorum*.

—Declaro instalado el Senado; hay número, dice por segunda vez el Presidente.

—No; repite el secretario. En las curules hay un Senador espúreo. Los periódicos y el pueblo todo, aseguran que no es Senador legítimo el Sr. D. Gabriel García Moreno.

Un estruendo de aplausos resuena en los ámbitos del salón.

García Moreno se puso de pié.

—Pido, dijo, que se dé lectura á las credenciales que me acreditan como Senador por la provincia de Pichincha.

El Dr. Mestanza, agitado por excitación nerviosa, lee: "Quito, Julio del 60

García Moreno, levantándose con vehemencia, exclama:

—Sr. Presidente: pido que se rectifique la lectura la comunicación lleva la fecha del año 66; no la del 60 como se ha leído.

—Equivocación de cifras, replica el Dr. Mestanza.

Terminada la lectura, por considerar asunto personal, García Moreno se retira.

La discusión principia. Nunca la oratoria ecuatoriana alcanzó mayor altura.

Mestanza, desde el asiento de la secretaría, con frases de rayo, anatematiza la conducta del Municipio, y hace ver que por honra y deber del Senado, debía llamarse al Dr. Angulo, en reemplazo García Moreno.

Después del Dr. Mestanza, habló el Dr. Parra. La resonancia de su voz era tal, que las vidrieras del salón parecían estremecerse. Luego el Dr. Mata, el Dr. Julio Castro.

No cabía duda. La expulsión de García Moreno, fué acordada por la mayoría.

Al salir de la sala, Montalvo recibió una ovación. La juventud, con el pueblo, gritó: este triunfo es obra de "El Cosmopolita".

Otros sucesos de importancia se desarrollan en esa Legislatura, que merecen ser apuntados, siquiera de paso, ya que en ellos influyó, muy de cerca, Montalvo.

El Ministro de lo Interior, especie de favorito del Presidente de la República, es denunciado ante las Cámaras, como infractor de la Constitución. Acontecimiento natural y casi diario, en países monárquicos, produjo el colmo de la indignación y resistencia en el Gobierno. A los procedimientos legales para la continuación del proceso por parte de la Legislatura, responde el Poder Ejecutivo con medidas atrabiliarias y violentas. Llega un día en el que cuantos legisladores, por motivos del momento, salen del recinto de la Cámara, son tomados y conducidos á prisión. Entradas las dos Cámaras de lo ocurrido, resuelven reunirse en sesión permanente hasta concluir con la acusación propuesta contra el Ministro.

La corriente del mal tiene el impulso y los abismos del Niágara. Como expediente fácil para impedir lo que temía, opta el Gobierno por un acto de lo más grave y también atentatorio al orden constitucional: intenta disolver las Cámaras Legislativas.

Los dados fueron arrojados, mas el Gobierno criminal se desconcierta con un pequeño obstáculo. El Decreto de disolución, debía ser autorizado por empleados inferiores. Demanda la firma

al Gobernador de Pichincha, éste rehusa; demanda al Jefe Político, niégase igualmente. Uno de estos empleados era sobrino del Ministro acusado.

Vienen los vértigos, aumenta el furor. Ordenase que un batallón de línea invada el santuario de las leyes para dispersar, por la fuerza, á los Padres Conscriptos que estaban reunidos. El batallón cumple su cometido; á són de tambores y clarines avanza hasta las curules, dispara tiros de fusil y amenaza con bayonetas al pueblo. Entre el humo producido por las detonaciones, se descubre que ninguno de los Legisladores ha abandonado su puesto.

El Presidente del Congreso, poniéndose de pié entre el ruido de las detonaciones, exclama: "Espero que cumplamos todos con nuestro deber". Otro anciano octogenario, con acento solemne dice: "Harto he vivido ya. Nada más honroso como término para mi existencia que morir aquí sosteniendo la Constitución". Un profesor de latinidad trepa sobre los peldaños de la barra y dirigiéndose á los diputados, dice: "No estáis solos". La escena recordaba á las de los mejores tiempos de Roma.

Los soldados, en vista de la actitud impasible de los Legisladores, y disgustados del triste papel que se les imponía, guardan las bayonetas, y sin orden superior, se retiran del Congreso.

El Gobierno, desconcertado, se limita á ordenar que se coloquen en las calles contiguas al palacio legislativo todas las fuerzas residentes en la capital. Trataba, sin duda, de lo que se llama **sitiar un fuerte**.

Entre tanto, restablecida la discusión parlamentaria, varios diputados, proponen un voto de censura contra el Gobierno.

Pocos días, después, el primer Magistrado, vióse obligado á resignar el mando. No le fué posible encontrar un solo hombre digno que quisiera formar parte de su Gobierno. Descendió del solio D. Gerónimo Carrión, cosa no muy rara en política, por lo que puede llamarse **efecto del vacío**.

Lo narrado sugiere reflexiones. En la actualidad, de ocurrir hechos semejantes, ¿los resultados serían los mismos? La conducta autoritaria de un Gobierno, ¿encontraría en los Representantes de hoy, igual resistencia á la de los miembros de la Legislatura del 67? ¿Los hombres públicos se abstendrían, rechazarían como hicieron los de entonces, aceptar empleos honrosos y lucra-

tivos, al ser ofrecidos por un Poder rechazado por la Nación? Con el transcurso del tiempo, el pesimismo reemplaza á la fé política. Tememos que soldados del porvenir, provistos de mejores armas, en vez de proceder como los del 67? ¿Los hombres públicos se abstendrían, rechazarían como hicieron los de entonces, aceptar empleos honrosos y lucrativos, al ser ofrecidos por un Poder rechazado por la Nación? Con el transcurso del tiempo, el pesimismo reemplaza á la Fé política. Tememos que soldados del porvenir, provistos de mejores armas, en vez de proceder como los del 67, acaso extremen su valor victimando á todos los delegados del pueblo.

VII

Con la renuncia obligada del Presidente, los partidos políticos debían pensar en la persona que, según las leyes, sustituiría á este Magistrado.

Contadas veces, el patriotismo ha dictado mejor acuerdo. García Moreno y Montalvo, polos opuestos en política, se unieron, por única vez, en la designación del mismo ciudadano; D. Javier Espinoza. La República entera acogió con frenesí dicha candidatura, y la elección fué unánime.

El Ecuador disfrutó, por poco tiempo, de un Gobierno honrado y bienhechor. Si hubo algo desgraciado es aquella época, como la catástrofe de Imbabura, los cargos deben ser dirigidos á la Naturaleza.

El plazo presidencial debía terminar. Nuevamente los partidos se aprestan á otra lucha eleccionaria.

El liberal proclama como su candidato á un hombre de gran instrucción, de gran inteligencia y de honradez acrisolada: D. Francisco Javier Aguirre.

El partido conservador se fija en García Moreno.

La lucha toma proporciones desconocidas, merced á la amplia libertad electoral asegurada por el Gobierno. La prensa rugé, en todos los ámbitos de la República, dominando poderosa y avasalladora la voz de "El Cosmopolita". Cuánta belleza y magestad

en cada uno de sus artículos! Cómo la juventud febricitante, tomaba como oráculo al propagandista de las doctrinas liberales!

"García Moreno, decía, no puede ser Presidente, porque la América republicana no confía en él: este hombre en ninguna ocasión ha podido, ni querido ocultar sus simpatías por los enemigos de América.

"García Moreno no puede ser Presidente, porque tiene azar con las repúblicas vecinas; aborrece á Colombia, Colombia no le quiere; detesta al Perú, el Perú no se muere por él. ¿Estamos en situación de abrir una campaña? Malos sacerdotes que pedís á García Moreno: vuestra Señor y Maestro Divino, era dulce y caritativo; no se lavó las manos con sangre; no sufragó por el poder absoluto y tiránico; no persiguió á los pueblos, unido á sus opresores.

García Moreno no puede ser Presidente, porque las tres cuartas partes de la nación, ven en él su ruina. Para unos, es la tumba: helado y tétrico, García Moreno se les presenta como un espectro horripilante; para otros, es el destierro: García Moreno se les aparece en forma de hambre, cual fantasma lívido y pavoroso; para otros es la infamia: García Moreno zumba á sus oídos y serpentea como el látigo; para otros es el martirio: retiñe con el chis chas funesto de los grillos y la barra. Yo sé muy bien que todos estos inconvenientes son títulos para sus partidarios, y que se sonríen satisfechos, cuando contemplan en el terror que infunde su amo. Mas, para la razón no es así; motivos no son esos de regocijo, ni cabe que el ánimo salte de alegría, al ver que una gran porción de hombres, se horripile en presencia de una horrenda muerte".

El éxito de la lucha eleccionaria no podía ser dudoso. Desmoralizado el partido conservador, pretende conseguir del primer Magistrado, medidas coercitivas contra varias sociedades liberales cual si fueran centros revolucionarios. Semejante pretensión sufrió el rechazo más completo. Qué hacer?

No parar en los medios, á trueque de conservar el poder, figura como doctrina vieja para muchos políticos.

A la traición levantaron altares: reprodujose la escena de Judas Iscariote; corrompieron los cuarteles y en noche trágica consumose la más inicua de las revoluciones.

Pocos días, después, lo notable del partido liberal, Montalvo el primero, seguía camino del destierro. Era poco. Gracias á la juventud, había salvado la vida.

Ipiales, pueblo ya mencionado, mereció las simpatías del proscrito y debió ser, desde el momento, lugar de su residencia; pero los compañeros de destierro, lo indujeron á seguir para Europa. Llegó á Francia la víspera de que se desencadenara la formidable guerra del 70. Pocos han admirado y amado mas que él, á la patria de Enrique IV. ¡Cuanto hubo de sufrir su alma, con los desastres y consecuencias de aquella horrible lucha!

Coincidió su llegada á París, la muerte en esta ciudad de doña Antonia Jijón de Barba, matrona quiteña á quien estimaba cordialmente.

El artículo necrológico, escrito con tal motivo, hará época en las producciones de su género. "El Padre Lachaise" no puede ser leído, por quien de veras ame á su madre, sino de rodillas y con lágrimas en los ojos.

Contrariado en más de un propósito y sin seguridad de medios para la subsistencia en lo porvenir, resolvió volver á América. "El genio, como ha dicho el poeta, tiene atados á sus piés ó sus alas, esos fragmentos de metal que le recuerdan siempre su cuna de barro y su sepulcro de polvo".

Establecido, á su regreso, en Ipiales, un periódico de Panamá dió publicidad á cierto artículo en favor de García Moreno, que tenía por objeto preparar en el Ecuador la reelección de dicho personaje, en el siguiente período constitucional.

Era el colmo. Montalvo se presentó á la palestra y de tal modo, que los escritores del Istmo tuvieron que retractarse.

El folleto "La dictadura perpetua", causó honda sensación; aún más que escrito de polémica era la sentencia de muerte decretada contra García Moreno.

VIII

La ley, expresión preceptiva de la voluntad de un pueblo, presta con frecuencia más solicitud y prerrogativa en guarda de un ciudadano particular, que de toda una sociedad.

El asunto se presta á reflexionar.

N., á pesar de prohibiciones repetidas, penetra tarde de la noche en casa de J. La violación de la puerta del hogar, en esta vez, tiene como consecuencia mancha de honra y menoscabo de intereses. J. mata á N. Qué pasa? La ley lo indulta, la sociedad dice: "Bravo!".

El caso es otro. Con nombre diferente vuelve á aparecer Nerón en el mundo. De conformidad con sus instintos incendia la ciudad, teatro de sus depravaciones. Las garantías han desaparecido. Honor, vida, fortuna, todo depende de su capricho. En esto, un ciudadano virtuoso, angustiado por la suerte de la Patria, resuelve salvarla. Toma el puñal de Bruto y en pleno día dá con el tirano en tierra.

La nación está redimida. Qué pasa? La ley dice al redentor: tú has delinquido, irás al cadalso. La sociedad grita: Bruto, tú eres asesino.

El tiranicidio es y será asunto de debate eterno. Sin adelantar doctrina propia, conviene precisar los hechos siguientes:

1º.— En obsequio de la moral, debe distinguirse el brazo que hiera, y la culpabilidad del agredido. Difieren en lo absoluto los puñales de Bruto y de Ravaillac, así como no puede haber paridad entre Enrique IV y un Melgarejo.

2º.— Los ataques al tiranicidio aumentan en relación de la decadencia de una sociedad. El heroísmo es considerado, por muchos, como obras de locos.

3º.— El carácter austero, la severidad de principios, el patriotismo acrisolado, ante la disolución y la esclavitud de la patria, recurren á medios no siempre de aprobación general.

4º.— La figura de Bruto como la de Carlota Corday, puede, para muchos, ser anatematizadas; mas, si la severa moral las condena, absuélvelas el patriotismo.

De su parte están los seres más sensibles y corazones bien puestos.

Olmedo, el manso y dulce Olmedo, en su alfabeto poético, dedicado á su hijo, aún niño, trae la estrofa siguiente:

Tiranía y opresión,
Suenan y expresan lo mismo;
Para salir de este abismo
Es honrosa toda acción.

Y no se arguya que fué aquella travesura poética ó cosa obligada por el consonante. En su majestuosa oda "El árbol" se lee esto:

En el infausto y execrable día
En que se vió la libertad francesa
En carro vencedor, en triunfo atada,
Cuando al trono de Luis, César subía
En medio del tumulto y la alegría
De un pueblo esclavo..... Bruto ¿dónde estabas?
No es tarde aún; ven besaré tu mano
Bañada con la sangre del tirano.

Pocos publicistas han expresado su opinión, al respecto, con más desenfado que Montalvo. En el tratado de "Los héroes de la emancipación de la raza hispano-americana", se expresa así:

"La vida de un tiranuelo ruin, sin antecedentes ni virtudes; la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin razón, y quizá sin conocimiento; la vida de uno de esos héroes maléficos que toman á pechos el destruir la parte moral de un pueblo, matándole el alma con la ponzoña del fanatismo, sustancia extraída por putrefacción del árbol de las tinieblas; la vida de uno de esos monstruos tan aborrecibles como despreciables, no vale nada: azote de los buenos, terror de los pusilánimes, ruina de los dignos y animosos, enemigos de Dios y de los hombres, se les puede matar, como se mata un tigre, una culebra".

En la época que escribió "La Dictadura perpetua", otro ecuatoriano ilustre, el Dr. Pedro Moncayo, daba á la luz pública, un pequeño folleto, cuyo epígrafe era "El Tiranicidio".

Alejados ambos escritores del suelo de la patria y distantes uno del otro, se hallaban sin embargo de acuerdo en doctrina y designios.

Lanzada la chispa, ella tenía de encontrar alimento en el seno generoso de esa juventud que acepta el sacrificio por perseguir lo ideal.

La propaganda se inicia. Una veintena de jóvenes jura redimir la república y romper las cadenas con que se le tiene sujeta.

Después de algún tiempo, y mediante ofertas, logra comprometer á un jefe de la guarnición de la plaza.

En día convenido, cuando la guardia de vigilancia la compusiera gente hablada de antemano, acudirían los conjurados y el cuartel sería tomado sin gran resistencia. Pero ¡qué ocurre!

La víspera de llevar á la práctica lo acordado, el militar superior con quien contaban los jóvenes conspiradores, les previene, como condición indispensable para cumplir sus compromisos que debían entregarle de antemano vivo ó muerto á García Moreno. Sobre tonta, la proposición, era sospechosa.

La incertidumbre causada por tal exigencia, puede apreciarse: juzgábanse unos traicionados, otros víctimas de una farsa; otros, y estaban en lo justo, solo veían muestras de cobardía.

Retroceder era imposible. De no estar impuesto García Moreno, en ese momento, lo estaría al día siguiente. *Alea, jacta est!* pronunciaron los conjurados.

El 6 de Agosto de 1875, muy por la mañana, en la plaza de Santo Domingo, en Quito, frente á la casa de García Moreno, distínguese un grupo numeroso de jóvenes. El semblante de cada uno de ellos descubre ese tinte característico de las grandes emociones. Qué los reunió allí? Qué se proponían? Esperaban saliera García Moreno como solía, de costumbre, á las 8, para tomarlo vivo ó muerto.

Los relojes públicos suenan la hora; el Mandatario esperado no aparece.

El tiempo comienza á correr con la lentitud propia de horas de agonía: las 9, las 10, las 11, las 12.

García Moreno, puntual como pocos en las horas de labor oficial, diariamente se presentaba en Palacio á las 11. Su ausen-

cia, en ese día, motivaba algo grave. ¿Tenía conocimiento de la conspiración? ¿Estaban delatados los jóvenes?

En esto aparece una columna de soldados al mando de un oficial. Los conjurados se consideran perdidos. Cada cual procura evadir el golpe, y se dispersan por las calles inmediatas.

La presencia de la tropa no tenía otro objeto, que cambiar la guardia á la hora acostumbrada en la casa del Presidente.

En esos instantes salía García Moreno.

Algunos de los conjurados lo distinguen y se ponen como á la pista. Cuando el Magistrado llegaba cerca del templo de la Catedral, ellos en número de cinco, se adelantan y ascienden la escalera de piedra que conduce á las puertas del Palacio Presidencial. En ese momento, un hombre se une á ellos: era Rayo. Parece evidente que no lo conocía el mayor número de los conspiradores. Quien le habló y comprometió, hubo de ser alguno que estaba al corriente de la venganza y odio que profesaba aquel hombre á García Moreno.

Llega éste, en compañía de uno de sus edecanes, al sitio donde se le esperaba: con la calma que denuncia seguridad en el resultado, Rayo descarga, con arma terrible, un golpe mortal. El agredido se pone en guardia, lleva la mano á la faltriguera; mas, disparos de revólver que le asestan los verdaderos conjurados, impiden que haga uso del arma que llevaba. Nuevas agresiones de Rayo imposibilitan toda defensa. Como en retirada, trata de esquivar los golpes, hasta que, limitados sus pasos por el ancho del portal, cae del altozano del palacio, dando una vuelta giratoria en el espacio.

Extraña coincidencia! Montalvo en la "Dictadura perpetua" anuncia que García Moreno moriría dando piruetas en el aire y dejando un olor de azufre. El pronóstico se cumplió.

La noticia de lo ocurrido salva las fronteras patrias. Los amantes de la libertad experimentan júbilo; vístense de duelo precisamente aquellos que colocan en los altares á Judith asida de los cabellos de Holofernes, y que como base de moral, invocan la doctrina "ojo por ojo, diente por diente".

Montalvo sumido entre las breñas del destierro, saluda el acontecimiento como una aurora para la patria, y con la arrogan-

te franqueza de quien cree proceder bien, exclama: "No hay duda; mis ideas prendieron; no es el acero de Rayo, es mi pluma que le mata".

Confesiones de tal naturaleza, como que no fueran para nuestros tiempos.

IX

García Moreno había muerto. ¿Vinieron, como era de esperar tiempos mejores para el Ecuador?

Triste es decirlo! La política en sus tumbos, precipita entre el fango el oro que arrastra, para ostentar en la superficie burbujas que, á pesar de su brillo, ni son de provecho, ni resisten á la acción del tiempo.

Después de días de terror, un ciudadano despierta las simpatías de la Nación. No faltaban motivos para ello. Además de sus méritos como literato, tuvo la altivez de rechazar por oficial, la candidatura para la Vicepresidencia de la República ofrecida por García Moreno. Este mismo ciudadano, cuando redactor de un periódico, había condenado del modo más enérgico la Constitución y otras leyes vigentes.

La elección del señor doctor Antonio Borrero, como Presidente Constitucional del Ecuador, fué tan popular, tan entusiasta, como no había antecedente hasta entonces.

Corresponder á la confianza pública, como servir con lealtad á los principios profesados cuando ciudadano, parecen cosas sencillas cuando un Magistrado se levanta, así, por el esfuerzo popular. Por desgracia en la práctica se vé lo contrario.

Apenas propuesta la candidatura de Borrero, una voz disonó, entre las muchas que lo acogían. La del partido llamado terrorista.

La calificó de candidatura del crimen, dando á comprender que Borrero era cómplice en la muerte de García Moreno.

Borrero en el Poder, como asustado de la inculpación hecha, y con el propósito de evitar la repetición de la calumnia, coe-

fía los principales cargos de la República á viejos partidarios de García Moreno.

Todavía hay algo más grave. Borrero, por su honradez y austeras costumbres, había pasado como un Catón. Los argumentos empleados para probar la inconveniente de las leyes en vigencia se repetían de persona á persona.

¿Cómo imaginar que sus hechos, estuvieron en oposición con sus doctrinas? Es evidente: don Antonio Borrero, no sólo prestó juramento sobre la "Constitución Garciana", sino que puso en movimiento todo su prestigio, para que ella no fuera reformada tan pronto como lo deseaba la Nación.

La impaciencia, no debe negarse, suele ser imprevisión. El quererlo todo de una vez, es el camino más á propósito para retardar aquello que se quiere ver realizado cuanto antes; mas, también es cierto que un pueblo al romper las cadenas, no acepta plazos para asegurar su libertad.

La revolución del 8 de Septiembre del 76, se impuso. Miembros del partido liberal, figuraron ya como actores principales, ya como colaboradores.

La pregunta hecha, apenas muerto García Moreno, tiene que ser repetida en esta ocasión. ¿Ganó, ó ha ganado el Ecuador con la transformación política del 76?

Un suceso acaecido pocos días después de la revolución, bastó para apreciar las consecuencias que debía esperar la República.

El ejército revolucionario organizado en la costa por Veintemilla, y el ejército del interior, se aprestaban para salir el uno al encuentro del otro.

Informaron á Montalvo de que personas de Quito inflúan en el sentido de evitar la lucha fratricida. Sin dar reposo al asunto, publica una hoja en la cual propone una combinación que, de ser aceptada, el movimiento revolucionario del 8 de Setiembre, habría tomado distinto rumbo. La propuesta consistía en formar un Gobierno provisional de tres personas notables, al cual los ejércitos de Borrero y Veintemilla se someterían. Dicho Gobierno convocaría, sin retardo alguno, una Constituyente para que se ocupara en modificar las leyes, única aspiración del pueblo.

Lo cuerdo, lo justo, es tomado por los ambiciosos como causa de peligros. A Veintemilla la explosión de quintales de dinamita, cerca de su persona, no le habría causado más grande impresión que el escrito aludido.

En avanzada noche, cuando Montalvo descansaba en el lecho, oye ruido de armas y golpes á las puertas de su aposento. Eran emisarios de Veintemilla. Apenas consiguieron que cambiase de vestido el escritor. Llévaoole a la orilla de la ría donde estaba lista una embarcación para conducirlo en seguida á un vapor inglés que, después de pocos momentos, abandonaría el puerto.

Por las circunstancias que precedieron, como por las condiciones económicas en que se hallaba Montalvo, este destierro lo calificó como el más cruel y sombrío de su vida. No contaba ni con lo necesario para satisfacer el valor de su pasaje.

Vencedor el ejército revolucionario en los campos de Galte y los Molinos, el crédito del partido, tanto como los intereses de la sociedad toda, reclamaban del modo más imperioso, la inmediata convocatoria de una Constituyente. "El peligro de la Dictadura, ha dicho Robespierre, no consiste tanto en el Dictador, como en la institución misma. Es una Magistratura que inspira desconfianza á las Naciones. Fundada contra la tiranía, se cambia involuntariamente en tiranía permanente; salva por un día y pierde por un siglo".

Llegadas las elecciones, la provincia de Esmeraldas, tuvo el denuedo patriótico de elegir como uno de sus Diputados al expatriado por Veintemilla: á Montalvo.

La nación entera ansiaba ver al redactor de "El Cosmopolita" en la tribuna parlamentaria, ora como defensor de las libertades públicas, ora como piloto avisado, dando dirección conveniente á las tendencias liberales que motivaron la revolución.

Sea talvez por estar enfermo ó por la convicción de que dada la indole de la mayoría de los miembros de la Constituyente, era inútil todo esfuerzo, Montalvo se abstuvo de concurrir. Su ausencia, en muchos debates, no solo el partido, sino acaso el mismo, lo deploró. Junto con Carbo, Portilla, Vázquez, Quevodo, Vélez, Seminario, Peña, cuánto de bueno pudo hacer!

Elegido Veintemilla Presidente Constitucional, podía esperarse optara por una política sinó liberal, al menos de concilia-

ción con los miembros de ese partido. Todo lo contrario: Montalvo y otros buenos liberales, fueron el blanco de la persecución.

Vivir en escondites, con sobresaltos, incomunicado de la familia; andar errante por páramos, por montañas, no es vivir. Venga la expatriación con todos sus horrores, al menos, no se mendi-ga ni luz, ni aire.

Montalvo toma otra vez camino del destierro, y abandona su patria..... ya! para siempre.

Ipiales lo abrigaba por tercera vez. Como de costumbre, contrájose á escribir; mas ya con plan determinado. Quería concluir las obras principiadas, escribir otras, para en seguida ir personalmente á Europa, y cuidar de la publicación.

El trabajo avanzaba; pero la situación de la patria era cada día más triste; llegaban á sus oídos los gritos lastimeros del pueblo esclavizado. ¡Cómo ser indiferente!

A manera del desterrado de Jersey, resuelve convertir su pluma en instrumento de castigo. En vez de los *Chatiments* de Víctor Hugo, redacta "Las Catilinarias". Llega á doce el número de éstas. Quien principia á leer una, tiene que devorarla hasta el fin. Se siente adherido al libro, cual si obrara la influencia de una pila eléctrica. Víctima el lector de impresiones, ya de piedad, ya de admiración, ya de terror, no acierta si venerar ó maldecir al autor, que en ciertas páginas se presenta como apóstol de la justicia y del bien, y en otras como genio de odio y de venganza.

"Las Catilinarias" pueden ser consideradas como inhumanas. Montalvo, moralmente, ha degollado á Veintemilla, lo ha despellejado, lo ha pasado por brasas, y después de abofetearlo y escupirlo, lo ha expuesto al público.

Montalvo tenía conciencia del poder y de los efectos de su pluma. Por sólido que pareciese el Gobierno de Veintemilla, era imposible resistiera á los ataques dirigidos. El autor de "Las Catilinarias", al partir para Europa, como león que vuelve los ojos sobre su víctima, pudo dirigirlos á Veintemilla y decir: "dejo una presa sin vida".

X

Amigos personales lograron allegar fondos necesarios, para que, tan luego como estuviere en Francia, procediera á la publicación de "Los Siete Tratados". La aparición de esta obra coincidía con el triunfo de las armas de los ejércitos llamados restauradores, que ocasionaron la caída de Veintemilla.

A propósito de esto, un joven ecuatoriano escribía, por aquella época en París, lo siguiente:

"Al tiempo que con las armas consiguen los ecuatorianos un triunfo sobre la tiranía y la barbarie, uno de nuestros compatriotas lo alcanza por la inteligencia y la pluma. Montalvo y Alfaro, los dos amigos, cada cual completa su obra para honra de la patria y, como por feliz compromiso, uno y otro, salen bien al mismo tiempo. No olvidemos la inmensa parte del señor Sarasti en la libertad del Ecuador, ni sería justicia que nos contentáramos con dar la palma literaria á nuestro don Juan, cuando todos saben lo que ha hecho contra los tiranos, y en especial contra el malvado Veintemilla. Las armas coronan la obra de la pluma: Alfaro y Sarasti son los colaboradores de Montalvo. Al menos, Ignacio de Veintemilla puede gloriarse de ser personaje célebre aún en España, gracias á "Las Catilinarías".

La obra de "Los siete tratados", tanto en Europa como en América, produjo gran novedad. En poder de la familia de Montalvo, existen como ochenta autógrafos, que alguien califica, con justicia, como documentos públicos, de autores renombrados, entre ellos de César Cantú, Núñez de Arce, Valera, Manuel del Palacio, Trueta, Cánovas del Castillo, María del Pilar Sinúes de Marco, etc., en los cuales felicitan al autor del modo más entusiasta.

Satisfecho de estos triunfos, Montalvo resolvió visitar España. La prensa de Madrid, de aquella época, relata en muchos de sus órganos, tales como "El Globo", en su número del 22 de Julio de 1883, "El Progreso", "La Correspondencia" del 5 de Julio del mismo año, las expresivas demostraciones de que fué objeto. Castelar se constituyó en su Cicerone: lo llevó a la Academia, las Cortes, los Museos, los Teatros. La Academia Española, por conducto de su secretario perpetuo, le dirigió una carta de salutación; otras instituciones literarias se apresuraron á nombrarlo miembro correspondiente.

Después de lo ocurrido, Montalvo debió regresar á la patria, y no lo hizo. Conviene precisar el motivo: á más del iluminismo de poeta, poseía la clarovidencia del hombre superior que lee lo porvenir.

Con los sucesos desarrollados á raíz de la caída de Veintemilla, ya pudo conocer lo que esperaba á la patria.

En el Ecuador, heroísmo, abnegación, entusiasmo, no son virtudes muy escasas. La desgracia consiste en que nunca los resultados prácticos corresponden á los esfuerzos prestados; casi siempre, los frutos del patriotismo se vician, ó por falta de criterio ó por ambiciones desapoderadas. Muy fácil sería abundar en ejemplos.

La revolución contra Veintemilla, era una de aquellas pocas que en Sud-América, justificará la historia. ¿No era natural, lógico, esperar que concluída, se organizara el país convenientemente, cuando menos, que se elevara á la primera Magistratura al ciudadano más digno y de más méritos?

El partido conservador ha cometido grandes pecados con la patria; pero pocos de mayor magnitud como el haber llevado al Poder á quien en el Solio tenía que causar sonrojos á aquella. La elección de Caamaño escandalizó á toda alma honrada. Las desgracias venidas, y por venir, obra son de esa elección. Se elevó á un arlequín con entrañas de Nerón.

Montalvo procedió bien en no regresar; acometer nueva campaña, era para empañar méritos conquistados.

Un pueblo casi siempre se dá los Magistrados que merece. Resolvió abstenerse de cuanto se relaciona con la mezquina política ecuatoriana. Protestar desde Europa, exhibir en su horrible desnudez al nuevo Magistrado era, en cierto modo, desacreditar á la patria, era dar ocasión para que sus enemigos lo llamaran, otra vez, maldiciente ó difamador. El ilustre polemista no quiso honrar con su pluma al que más tarde, por asuntos de rufianería, pondría en almoneda el pabellón de la patria.

XI

Veintemilla cuando seguía camino del destierro, asegura que dijo: "me voy, mas dejo á Ignacio Ordóñez". ¿Consideró castigo para el país? ¿Creyó que lo vengaría? No hay duda: el antiguo Dictador sabía conocer á los hombres. Pocos eclesiásticos curan el Ecuador, más exagerados y propensos á las contiendas políticas, que el anterior Arzobispo de Quito. Los liberales eran para su Señoría, seres infernales; propender á su exterminio, obra santa. La llegada á Quito del libro "Los siete tratados" dióle ocasión para, una vez más, poner en claro sus tendencias.

Con orden de que se leyera en todas las iglesias de la capital y de las parroquias, el día domingo, cuando hubiere mayor concurrencia de gente, expide una pastoral en la que condena la obra referida, por suponerla "nidada de víboras en cesto de flores", y anatematiza al autor, porque no gusta del culto de las imágenes, porque no cree en las penas eternas, y porque el escritor debía la rodilla ante nuestro adorable redentor, para darle sacrilegas bofetadas en su rostro divino.

Habrá fanático!

Montalvo en alguna de sus obras, ha confirmado carácter de paciencia para ciertas lecturas; pastorales con el conatado estorrido de "amados hijos, venerables hermanos", le estomagaban. Cuanta indignación debió causarle la del Sr. Arzobispo Ordóñez cuyo efecto calculado era, no sólo impedir la circulación del libro, sino provocar la indignación del pueblo para el día propicio ejecutar la lapidación de Montalvo, como en cierta época se hizo con el Cirujano de la Comandancia.

Debió influir, para el aumento de su enojo, la diferencia de apreciaciones de católicos de otros países, y las de sus compatriotas.

Casté, el religioso Casté, en carta muy honrosa para el autor de "Los siete tratados", afirma encontrar en la obra rectitud moral y elevación constante. Mientras tanto, el Arzobispo Ordóñez condena el libro por causar grave daño en la honra de las costumbres.

Montalvo, en defensa propia, y para manifestar á sus enemigos, procedía con la velocidad del rayo. Ocupación de sólo un

mes, fué la famosa "Mercurial Eclesiástica", obra de 230 páginas, en la cual, con elevación de doctrina, gallardía de estilo y fuerza de lógica que subyuga, despedaza, concepto por concepto, la consabida Pastoral, y entrega á las generaciones venideras, molido y maltrecho al exagerado sacerdote.

La "Mercurial Eclesiástica", debía de ser la última obra de combate. Tres años dejó transcurrir hasta la aparición del primer volumen de "El Espectador". El "Ensayo de imitación de una obra inimitable", ó "Capítulos que se le olvidaron á Cervantes", no obstante estar concluida, andaba encerrada en las gavetas de su escritorio. Consideraba mejor que nadie, lo atrevido de la empresa no quería que la viese el público, sino purgada de todo defecto. Algunos libros, á manera de viejos católicos, para alcanzar la gloria, necesitan antes pasar por el purgatorio.

La acogida favorable que mereció, en el mundo de las letras, el primer volumen de "El Espectador", aceleró la publicación del segundo, y luego la del tercero que debía cortar la preclara existencia del autor.

Una tarde de la primavera del 88, salía fatigado de corregir las últimas pruebas. La atmósfera tibia y transparente de la mañana, había cambiado durante las horas del trabajo. Una lluvia torrencial tomó á Montalvo sin abrigo en el trayecto hasta su casa.

Al día siguiente, el eximio escritor yacía postrado con dolores intercostales. Uno de los triunfos de la medicina moderna, consiste en poder dominar, siquiera momentáneamente, en las enfermedades, el elemento dolor. Francia, es el centro más adelantado del mundo médico: Montalvo residía en París, y sus médicos no lograron mitigar, en lo menor, sus crueles padecimientos.

Los dolores, después de persistir cosa de un mes, cesan repentinamente sin que hubiera motivo á qué atribuirlo. En cambio, aparece una fiebre lenta y constante.

Alguien ha dicho que la fiebre, es á la enfermedad, lo que la sombra al cuerpo. La calentura de Montalvo, daba la evidencia de que estaba comprometido algún órgano importante.

Compatriotas del enfermo, consiguieron que el reputado Dr. León Labbé, de acuerdo con los médicos de cabecera, examinara á Montalvo. En los dominios de Hipócrates, se perpetran crí-

menes de verdadera bandolería. Recetar, sin conocer las enfermedades, es tanto, ó algo más, que salir armado á los caminos y arrancar á los viajeros la bolsa y la vida. Algunos médicos superiores, suelen castigar el crimen de sus colegas. Véase un ejemplo.

Después de examinar prolijamente el Dr. Labbé, al enfermo, en presencia de los médicos que, desde el comienzo de la enfermedad, lo habían asistido, se retiró en unión de los compañeros á una habitación inmediata. Quien estas líneas escribe, con interés igual al pariente más íntimo de Montalvo, siguió á los facultativos.

Como de costumbre, el médico de cabecera hizo la historia de la enfermedad, calificó la fiebre de *nerviosa*, y los dolores, de neuralgias. El otro, como resumen de un largo discurso, manifestó hallar en el enfermo antecedentes reumáticos.

—Han concluido UU.? preguntó el Dr. Labbé.

Como fuera la respuesta afirmativa, sin dar contestación alguna á lo expuesto por los colegas, se limitó á pedirles que pasaran nuevamente donde el enfermo.

Siéntase el Dr. Labbé, toma el pecho del enfermo, aprecia sus extensiones, vuelve la cara á los médicos y dice:

—Tiene el señor un derrame pleural. Vendré mañana á las 9, y ofrezco extraerle, lo menos, un litro de líquido.

Tomó el sombrero y, con la amabilidad del verdadero francés, dijo: "Au revoir".

Bofetón más terrible y merecido no ha sufrido la ignorancia.

Al día siguiente, merced á la punción ejecutada por el Dr. Labbé, fué extraído el líquido de naturaleza cerosa y en la cantidad anunciada. Los otros médicos no volvieron. "Han hecho bien, dijo Montalvo, no les quedaba otro partido que desertar".

Después de lo ocurrido, amigos y admiradores del escritor bien pudieron considerarlo salvado. Triste engaño! Era un prolongamiento para la catástrofe que debía sobrevenir.

Pocos días habían transcurrido, cuando aparecen los dolores de antes, pero con mayor agudeza. Advertido, inmediatamente, el Dr. Labbé, acude cerca del enfermo y después de nuevo examen, manifiesta que la enfermedad había tomado un aspecto gravísimo: no se trataba ya de la presencia de un líquido como el extraído: lo que existía era un gran foco de supuración.

La operación por ejecutar era riesgosa y cruenta. Debía realizarla un cirujano especialista necesitaba, además, una asistencia y vigilancia constantes por personas de la ciencia. Aconsejó se lo trasladara á una casa de salud, de las más recomendadas, y que él acompañaría al cirujano que se encargara de operar.

La situación del enfermo, no permitía esperas. Conducido al establecimiento indicado, reunidos los médicos de la casa, acordaron proceder inmediatamente á la operación.

Uno de ellos, manifestó cuán indispensable era la inmovilidad del paciente, é indicó el uso de anestésicos.

Montalvo que alcanzó á oír, exclamó: "En ninguna ocasión de mi vida he perdido la conciencia de mis actos. No tema doctor que me mueva. Operará Ud. como si su cuchilla no produjera dolor".

La cirugía posee recursos maravillosos, mas también crueles. La operación que sufrió Montalvo, horroriza. Consistió en levantar dos costillas de la región dorsal, después de cortar en una extensión de un decímetro, las partes blandas de esa región; dar la mayor dilatación á la herida, mediante pinzas que recogen carnes sangrientas, y luego colocar algo como una bomba, que tiene el doble objeto de aspirar los productos del foco purulento, é inyectar líquidos antisépticos; es decir: algo como fuego.

Todo esto duró cosa de una hora; mientras tanto, el enfermo no había exhalado una queja, ni contraído un músculo. La actitud serena y hasta magestuosa, interesó á médicos practicantes y espectadores. Uno de ellos exclamó: "ese hombre es un carácter". No se engañaba.

Los padecimientos de Montalvo y los esfuerzos de la ciencia, debían ser estériles. El germen mortífero, cuya puerta de salida, fué abierta mediante la operación, burlando á la ciencia, buscó paso por otros órganos, desbordó su corriente y envenenó toda la economía. Montalvo comprendió el trance, y pidió á

los amigos que lo condujeran á su habitación. Quería morir en ella. En carruaje especial, y con los mayores cuidados, pudo llevarse. Por la tarde aseguraba estar mejor. Solo siento, dijo, que toda la vida se concentra en mi cerebro. Podría componer hoy una elegía, como no la he hecho en mi juventud.

Dos días después, el 17 de Enero de 1889, uno de sus amigos más íntimos, llegaba angustiado á la calle Cardinet, número 26, para informarse de la situación del enfermo, en las horas de la noche que no había estado á su lado. No sin gran sorpresa, lo encontró vestido de negro y con frac. "Puede motive su atención, dijo, verme de la manera que me encuentra. El paso á la Eternidad es el acto más serio de un hombre. El vestido tiene que guardar relación".

Hizo al amigo algunas confidencias, y como postrer pedido añadió: "Ud. volverá pronto á la patria. En la última carta, dije á mi hermano, y de no haberla recibido, repítale, que en los días de mi enfermedad, ni Dios, ni los hombres me han faltado". Volviéndose á una doméstica de toda su confianza: "Te pido, le dijo, no olvides mi encargo. Un cadáver sin flores, me ha entristecido siempre". Goethe pedía luz en el supremo instante; Montalvo mendigaba flores para su cadáver.

No habló más. Sin alteración en el semblante, sin dejar oír un estertor, agonizó.

Los ceremoniales fúnebres con asistencia de lo más notable de la colonia Sud-americana, fueron celebrados en la iglesia de San Francisco de Sales. El féretro lucía valiosas coronas y abundantes flores naturales.

De los encargos hechos al amigo, uno no pudo ser cumplido: que el cadáver fuese enterrado en el cementerio de Montmartre. Los restos los grandes hombres pertenecen á la patria; realizar sus deseos, era tender á una expropiación.

La predilección por el Cementerio de Montmartre se advina. Descansan en esa mansión muchos mártires de la libertad. Bajo una cruz yacen todas las víctimas del golpe del 2 de Diciembre de 1852. En la avenida principal se encuentran cuatro tumbas de los polacos desterrados. La primera contiene la inscripción siguiente: "Exorciare aliquis nostris ex ossibus ultor. Pueda en algún día nacer de nuestras cenizas un vengador. ¿Tendrá un vengador Montalvo?"

La ciudad de Guayaquil que deploró, cual ninguna, la pérdida del abnegado patriota y eminente literato, dispuso la venida inmediata de tan valiosas reliquias. Hay guardadas en el Cementerio Católico, no obstante la repugnancia de almas poco piadosas.

Los lugares para sus monumentos están designados. Uno á orillas del Ambato y otro en Guayaquil, junto á Olmedo. La estatua del ciudadano immaculado D. Pedro Carbo, no debe estar lejos. De ese modo, la avenida de Olmedo, se convertirá en **Avenida de los Inmortales**.

XII

Stendhal en una de sus obras, hace esta afirmación: "El hombre grande es como el águila: cuanto más se eleva, se ha hace menos visible, y se vé castigado de su grandeza por la soledad. Pluguiera al cielo, no tuviese otra contrariedad. ¿Y las tempestades? Y los dardos de la envidia? Y la furia de los cegatos que no alcanzan á distinguir el águila? Parece más exacto aquel pensamiento de Heine: "en todas partes, donde una alma grande dá vuelo á sus pensamientos, encuentra un Gólgota".

Un genio es un acusado. En lo antiguo como en lo presente, la cicuta, el calvario, la privación, el cadalso, el destierro, la burla, el ultraje, el odio, parecen satélites del astro-genio.

Montalvo en su carrera, giró en una atmósfera, rodeada de todos esos elementos empozoñados; á pocos escritores se les ha calumniado, vituperado, escarnecido, tanto como á él.

Insultar á Montalvo, pasaba como título de recomendación, cerca del partido dominante de cierta época. Manifestarse enemigo, prueba de religiosidad y buen juicio, recomendación segura para obtener puestos en la Academia, en los Ministerios, en las **Co-fradías**.

Su vida retraída y casi austera le evitó, es cierto, calumnias de tal naturaleza como las que han amargado la existencia de otros hombres superiores. Por más que se esforzaron los eternos Zoilos, perseguidores de todo mérito, no podían llamarlo asesino

como se ha llamado á Byron, salteador como á Shakespeare, incestuoso como á Molière, rufian como á Fidas, venal como á Ovidio y Milton.

La campaña contra Montalvo tenía que reducirse á desvirtuar sus méritos ó interpretar mal sus propósitos y doctrinas.

Montalvo, aún en la actualidad, no está plenamente juzgado. Sin embargo, nadie se atreve, ya, á disputar sus méritos como gran escritor, como eminente patriota y como hombre de gran carácter. Cuando vivo, eran éstas las cualidades negadas, ó las que servían como blanco de sus difamadores.

La posteridad dudará al saber que las producciones de Montalvo, reproducidas ó solicitadas por muchas de las naciones en que se habla el idioma de Cervantes, fueron en su patria postergadas ó despreciadas.

El elogio más notable de cierto personaje que, según Jenner, tiene la prerrogativa de conceder patentes de ingenio, fué el siguiente: "sólo sabe redactar". También á Victor Hugo, se le prodigó elogio parecido, al cual contestó de esta manera: "La Venus hotentote dice á la Venus de Nilo: no tienes sino la forma".

La "Carta de un padre joven" producción que, por lo apasionada y sentimental, como por el encanto de la forma, puede tan sólo compararse con la Nueva Heloisa; las cartas de Mademoiselle Lespinace, la Sofía de Mirabeau, ó las elegias de Parnay, desencadenó una tempestad de insultos y difamación. La carta aparece escrita por **Tománvol**. Era imposible que no descifrasen el seudónimo los émulos. "Infame", "inmoral" gritaron: "Has degradado á la mujer que amas". Mientras tanto, bastaría para asegurar fama literaria, ser autor de aquellas páginas immortalizadas por la pasión.

La Academia Ecuatoriana miró con horror á Montalvo. Aún hoy, es seguro, en la Antología que prepara, no consentirá figure su nombre entre los prosadores nacionales.

Escrúpulos de inmortales!

Los dictados de hereje, inmoral, tenían que causar más efecto, que al ser dirigidos contra Littré, Taine, Renán y Dumas, cuando fueron elegidos miembros del Instituto de Francia.

Es de sentir que entre los académicos ecuatorianos, no haya habido un Sacy, para que hiciera la defensa de Montalvo, como la hecha en favor de Renán. Entonces se hubiera oído este precioso discurso: "M. Renán (ó sea Montalvo) es hereje, sobre ciertos puntos: no lo niego. Pero querría saber quien de nosotros no es algo hereje. Usted, M. de Montalembert, (ó sea don Juan León Mera) ¿sabe usted que si yo fuera inquisidor, encontraría, sin buscar mucho, algo por qué quemarle? Usted, M. de Broglie (ó sea don Pablo Herrera) ¿es de una perfecta ortodoxia su fé en lo sobrenatural? Usted, M. de Falloux (ó sea Rvdo. Padre Proaño) ¿es usted en el rebaño, una oveja muy dócil?" —Y acaba con estas palabras: "perdonémonos recíprocamente nuestras herejías". La argumentación es concluyente.

El cargo de inmoral no tiene mayor fundamento. En el "Tratado de la belleza" pintó cuadros que envidiaría Rubens, por su colorido.

En aquel mismo tratado, sentó el principio de que la belleza era desnuda. La gazmoñería gritó indignada; un Académico hizo tema de discurso de incorporación, refutar aquella monstruosidad. Asunto de educación.

En la exposición última de París, un compatriota de Montalvo, visitaba los salones de pintura: dos de ellos, contenían exclusivamente cuadros hermosísimos de mujeres desnudas. El viajero no esquivó su admiración. Después de un momento, recordó las censuras á Montalvo y el escándalo que aquellos cuadros producirían en algunas gentes de Sud-América. Quiso, en seguida, darse cuenta del estado de ánimo de los concurrentes. Cosa rara! Había entre esto, hasta niños de pocos años y su semblante, no revelaba otra cosa que sentimientos de admiración por lo bello.

Anatole France ha dicho que el más noble de los pudores, es el debido al buen gusto. Acá, en países de los Andes, la hipocresía ha invadido los dominios en la apreciación de lo bello.

Para juzgar la inmortalidad de obras del genio, conviene un tribunal competente, compuesto de miembros avezados en los encantos y misterios de la Estética; á quien se alarme de la belleza desnuda, le basta recordarle que la hoja de viña, surgió después del pecado".

"El Cosmopolita", manifestación colosal del genio é instrucción del autor, fué recibido por sus enemigos entre rechiflas

y sarcasmos. Don Gabriel García Moreno, se adhirió á los suyos. Descolgó olvidada lira, y encubierto con la máscara del anónimo, publicó varias piezas satíricas, de las cuales bueno es citar el siguiente soneto:

A JUAN

QUE VOLVIO TULLIDO DE SUS VIAJES SENTIMENTALES.

Dejando Juan sus áridas colinas
Y el polvoroso suelo de su cuna,
Do en nudoso nopal crece la tuna
Coronada de inúmeras espinas
Recorrió mil regiones peregrinas;
Y más allá pasara de la luna
Si tullido en el lecho, por fortuna,
No quedara en las márgenes latinas.

Oh! tiempo mal perdido ¡oh desengaños!
Dejar las tunas, el nopal, la sierra
Por variar de costumbres y de teatro;
Y tras tanta fatiga y largos años
Regresar de cuadrúpedo á su tierra
Quien, yéndose en dos piés, volvióse en cuatro.

XIII

Los menores episodios de su vida, bastan para el conocimiento de los extremos hasta donde llegó su patriotismo.

Montalvo amó la patria hasta el sacrificio; mas no con ese espíritu de hipócrita santurronería, que se manifiesta por jactancias vanidosas, actos de venganza, ó ambiciones desenfrenadas. El patriotismo de Montalvo era aquel que "fortifica y eleva á las naciones, que hace su deber siempre, que lleva una vida sobria, honrada y recta, y trata de sacar partido de las ocasiones que se le presentan para llegar al verdadero progreso". Tal proceder irritaba á sus enemigos.

Montalvo protestaba contra la paz de esclavos, paz de sepulcros.— Demagogo.— Como poderoso medio de mejoramiento de las costumbres, invocaba los ejemplos de hombres y mujeres ilustres de la antigüedad.— Pagano.— Buscaba con los resortes de su poderosa imaginación, medios certeros para que, en lo intelectual y moral, el pueblo se levantara hasta donde ha llegado el de otras naciones.— Utopista.— Daba á conocer, sin quererlo, el fruto de sus viajes y estudios.— Vano.— Si pedía virtud, moderación al clero, impío; si hablaba de honor al ejército, conspirador; si se dirigía á la juventud, inmoral.

Convencido de que la política significa transacción, y que no siempre se sirve á la que más se quiere, y que en lo general es preferible una evolución á la mejor revolución, procuró más de una vez evitar llegasen los partidos á los extremos. Montalvo aplaudió á García Moreno cuando convino éste en la elección de don Javier Espinoza. Montalvo trató de mediar entre Borrero y Veintemilla, para impedir la sangre de Galte. Montalvo entre las candidaturas de don Pedro Carbo y don Francisco J. Aguirre, estuvo por la última, juzgándola más posible, más conveniente para la época de transacción que se buscaba. ¿Merecen estos actos reproches? Indudablemente para los políticos fogosos: ver las cosas con anticipación, tener más juicio que otros, es pecado imperdonable en ocasiones. A Montalvo, el hombre inquebrantable, el hombre sin tacha, se le juzgó intrigante, ambicioso de poder.

Y tales cargos injuriantes, no sólo procedían de enemigos; el partido liberal ha sido siempre madrastra para con los suyos. De vivir Montalvo, no sería extraño, estuviera en su quinta de Ficoa, llorando ultrajes y desengaños. Oigásele lo que hubo de proferir, á propósito de cargos injustos que á diario se prodigan los liberales.

"En todo caso, el convencido, el moderado, bien intencionado, sincero, constante, es un pícaro para los liberales de vida airada.

"Al diablo sea ofrecido el fruto que se saca de tanto estudiar, tanto escribir, tanto expertarse, tanto padecer, tanto gemir por las desgracias comunes, por los males de la patria. Rectitud, austeridad, firmeza, son los tres enemigos, no del alma, sino de la suerte del hombre de bien, del patriota desprendido. ¿Cómo hemos de formar buenos ciudadanos, cargándoles la mano por todas partes á los amigos de la cosa pública, lejos de animarles con algún estímulo?"

XIV

El carácter designa al hombre. Es la suprema cualidad; dignifica el ingenio y dá realce á las demás virtudes.

Tendencia para el bien, energía moral, elevación de miras, rectitud en el proceder, amor á la verdad, fortaleza, constancia en la lucha, integridad, todo esto constituye el hombre de gran carácter.

Por desgracia, tiene como piedra de toque, los contrastes de la vida. En la actualidad, entran también la influencia del oro y las seducciones del Poder.

Las caídas de la dignidad, tienen hasta su lógica. La vida material aumenta en dificultades: lo superfluo hace un siglo para un monarca, es hoy indispensable al ciudadano más modesto.

En política existen dos bandos: opresores y oprimidos.

¿Cómo renunciar á las comodidades de la vida, cómo resistir al desempeño en la escena política de **hombre martillo**, en vez de **hombre yunque**, si para ello basta la flexibilidad de la columna vertebral?

Las genuflexiones pueden ser consideradas como industria productiva. La misma poesía es objeto de tráfico. La inspiración no se busca ya en el templo de Apolo, sinó en palacios de gobiernos ó de millonarios. Las estrofas, elogios por la prensa, se cotizan por billetes de banco.

Acaba de pasar un hecho curiosísimo.

Inglaterra, como se sabe, tiene un poeta oficial con el título de "poeta laureado". Muerto no ha mucho Tennysson, verdadero literato, la reina Victoria, en los primeros días de este año, ha nombrado en su reemplazo á Mr. Agustín Alfred.

Los títulos para esto, son los siguientes:

El Duque de Clarence, primogénito del Principe de Gales, é la muerte de éste correspondíale la sucesión al trono.

Cuando el pueblo inglés se preparaba entusiasta á celebrar las fiestas del próximo enlace de la Princesa María de Teck con el Duque de Clarence, muere el Duque.

Suceso tan trágico, daba motivo para la resonancia del laud más tierno.

Agustín Alfred, evoca las musas sagradas, y hélo ahí con una elegía disforme en la cual pide descanso eterno para el difunto, y condena á viudez perpetua á la infortunada novia.

Las conveniencias de Estado, no son indiferentes al tratarse de himeneos. Nada tan diplomático como consolar el duelo de la Princesa de Teck. Se le busca otro novio. A quién? Es el Duque de Nork, hijo también del Príncipe de Gales, el cual temeroso le pasara lo que á su hermano, cásase inmediatamente.

¿No es cierto, que tal suceso debía desconcertar á M. Agustín Alfred?

De ningún modo: la impavidez inglesa trasciende á filosofía. Templó nuevamente la lira y en numerosos ditirambos cantó el amor á la pareja.

Esto es nada. El poeta laureado tiene la inspiración de las malas causas. Acaba de escandalizar á toda la Europa. Se conocen los sucesos del Transvaal. Fuerzas inglesas inspiradas por Cecilio Rodas, con la intención de apoderarse de valiosas minas de este territorio, preparan un golpe de sorpresa, á mano armada. La guardia del Transvaal no sólo resiste, sino que vence y aprisiona á los invasores. Alemania, Francia, Portugal, interesadas en esas posesiones, toman actitud enérgica. El Emperador Guillermo, felicita al Presidente Krüger por cable, por el triunfo obtenido sobre los ingleses.

La opinión universal califica el hecho como acto de vandalaje. El Ministro de las Colonias, Mr. Chamberlain, alarmado de la actitud europea, ordena la prisión y juzgamiento de sus compatriotas filibusteros.

Si en todo esto hay poesía, debería ser para execrarlo. Pues bien Mr. Jameson, el jefe de los bandoleros, tiene las proporciones de un héroe para el poeta laureado. El "Daily News" ha llenado las columnas de uno de sus números con un poema de M. Agustín Alfred al caudillo inglés del Transvaal.

Será en lo porvenir, destino de los poetas desempeñar el papel de palaciegos y bufones de las Cortes?

El carácter de Montalvo estaba modelado según el temple de antiguos griegos y romanos ilustres. Era hasta soberbio con los poderosos explotadores de virtudes; refractario á toda empresa de lucro, enemigo irreconciliable de la ciega y venal fortuna. Montalvo, no es hipérbole, en caso semejante á Mucio Scévola, habria puesto los brazos al fuego, antes que cometer una debilidad. Tan lejos llevaba su altivez en aquello de no comprometer su dignidad, que, en más de una ocasión, tomó como ofensas acciones de amigos, motivadas por el deseo de servirle ó favorecerle.

Durante una de sus residencias en Europa, varios sudamericanos proyectaron la fundación de un periódico español. Por unanimidad acordaron hablar á Montalvo para que como Director, se ocupase de la Redacción. El comisionado dejó escapar, como argumento para decirle, que se trataba de un **buen negocio**. Fué bastante para el rechazo: "Mi pluma, dijo colérico, no se presta para asuntos de lucro".

Un amigo íntimo, conocedor de la desfavorable situación económica de Montalvo, le insinúa, por una carta, resolverse á escribir pequeñas obras mensuales, que serían bien pagadas y aceptadas por el público. "Si la Providencia, me hubiera favorecido con la pluma que maneja usted, agregó dicho amigo, no sólo tendría dinero para mí, sino para todos los compatriotas expatriados".

La referida carta produjo en el autor de los "Capítulos que se le olvidaron á Cervantes", los efectos de un venablo; aún pasado mucho tiempo, su recuerdo lo exasperaba. "Este buen sujeto, repetía, ha creído que á mi pluma podía dar el uso de una cuchara".

Tal elevación de carácter y refinamiento de dignidad, motivábanle contrariedades sin cuento, ya que eran explotadas por sus enemigos, en el peor sentido. Creíanle terco, uraño, intratable. De cuánto no se le acusó! El clero lo designaba en confesonarios y púlpitos, como la personificación del demonio. Aún muchos de sus amigos, no excusaban recriminaciones: era ingrato y orgulloso.

En vísperas de una revolución liberal, cuando se repartían ya los cargos públicos, alguien recordó á Montalvo. "Ese hombre traería dificultades dijeron los más". "A mucho hacer, se le colo-

cará de bibliotecario, dijo el caudillo del movimiento". Desde ese momento, pudo juzgarse lo que el país podía esperar de aquella revolución.

XV

Montalvo cultivó las musas; compuso versos, escribió dramas. En los primeros números de "El Cosmopolita" publicó composiciones poéticas; más a decir verdad, junto á la dialéctica y brillo inimitable de sus artículos en prosa, quedaron aquellas como oscurecidas. Sus enemigos, impotentes contra el polemista, atacaron al poeta. Montalvo no puso mucho empeño en la defensa.

En cuanto á sus dramas, que son "Granja", "El Descosmulgado", "La Leprosa", "Jara", "El Dictador", hay algo que ha influido en las apreciaciones críticas publicadas hasta la fecha.

Cuando se procedía, después de la muerte de Montalvo, al inventario de los papeles de su escritorio, alguno descubrió en la canasta de coleccionar desperdicios de papel, los dramas inéditos señalados. Encuentro tan casual, en tal lugar, indujo á los presentes, á la creencia de que Montalvo, había mirado en menos esos trabajos. El hecho ha alcanzado publicidad, dando origen á que varios, sin haber leído, ni menos asistido á la presentación escénica alzan los hombros con desdén, cuando se habla de los dramas de Montalvo.

El gran polemista ecuatoriano, ¿fué poeta, fué dramaturgo? He ahí el punto por resolver.

Poesía no es sólo la expresión de sentimientos en palabras sujetas á medida y cadencia. La poesía consiste, en acepción aún limitada, en cierto indefinible encanto que, en personas, en obras de arte, y aún en cosas de la naturaleza física, halaga y suspende el alma, infundiéndole suave y puro deleite.

El poeta, según unos, es el guía en el camino de las conquistas intelectuales y morales; vá á la vanguardia del pensamiento filosófico.

Según otros, es un ser que piensa con el alma, siente con el corazón, juzga con el espíritu.

Al decir de otros, el poeta inunda de luz la civilización.

Según Víctor Hugo, es un genio destinado á dar alimento á las masas.

Se pregunta—¿Montalvo, no reúne todas estas condiciones?

Montalvo es poeta, hasta en sus costumbres. Sorprendámodle.

"Las noches de luna, habla él, salgo á pasear, me voy lejos: el río murmulla adentro en su playa; argentino y espumoso, vá pasando bajo las sombras de los árboles, como una serpiente gigantesca; los bosques de sus orillas están negros, la noche le profundiza y le comunica cierto horror, ese horror de la virgen y deshabitada Naturaleza; la luna á medio crecer pasa de nube en nube; el espacio vasto y sublime, se extiende infinitamente; la gente duerme; algunos animales dan sus voces, allá, perdidos en la distancia, y un hombre, un solo hombre, vela y contempla, y forma parte en esa grandiosa escena, solitario y pensativo, sentado en una piedra, ó arrimado al tronco de un árbol que le esconde en su sombra nocturna".

El poeta, ante todo, debe amar la moral, inspirar nobles acciones, instruir con agrado. Montalvo, en sus producciones poéticas, descuella tales cualidades.

La oda "Consejos á un niño", recuerda á Herrera. Cuánta austeridad de precepto, nobleza de sentimiento, sublimidad de imágenes, pompa en el lenguaje. Aquella oda puede ser calificada como catecismo de moral poética. Véase una muestra:

"Virtudes no se llaman

"Las prácticas serviles

"Del bajo devotismo que el insulso

"El ignorante vulgo toma á pechos.

"Virtudes son de hechos

"Que comunican honra al extendido

"Género humano, y que respeto infunde

"En los hombres de bien, y á los malvados

"Sin luz ni amor de cólera confunden.

La poesía habla á la imaginación, anima la naturaleza, pone en acción á seres invisibles. En la composición, "Al pié del Monte Blanco", se leen estrofas atrevidísimas:

"Levántate, montaña, rompe nubes;
 "Vé á llamar á las puertas del Empíreo:
 "Respondieron? Qué dicen? En su trono
 "Viste á Dios, al Dios inmenso has visto?"

El poeta es sensibilidad. La despedida á todo lo que es digno de amar, ha producido y produce raudales de inspiración. Montalvo en "La juventud se vá" llora la rapidez de esa época en los versos más sentidos:

"Flor de la edad, detente! que á lo menos
 Vea tu aspecto á mi sabor: te esquivas,
 Aun no bien te miramos, ya nos dejas.
 Quien te detenga no hay, no hay quien te siga.
 A no volver, y apenas que llegaba
 Huyen los años de la edad florida:
 Como el agua del río, la que corre
 No vuelve más por la ribera misma".

"Poesía, es pasión fuego, amor.— Montalvo, á quien ama dice esto:

"Huye los labios, que si el fuego salta
 De los míos allá, los prendería,
 En devorantes llamas que no aflojan
 Hasta que forman un montón de ruinas.....

"Tal es la helada, para el trigo en cierne
 Tal para tí mi amor, Adelaida;
 Siempre, siempre fué así—pecho tan hondo
 Ya encendido volcán, ya tumba fría.

La poesía no es ajena á la prosa.

Hay verdaderos poemas ajenos á la rima y al verso. Montalvo era incomparable para esto: las impresiones más hondas de su alma, las creaciones más asombrosas de su ingenio, las reveló en prosa. Montalvo cantaba sin apelar á las reglas de la Métrica. Reproducir trozos en los cuales el lector se siente arrebatado por los encantos de lo ideal y de lo bello, sería dar á este trabajo proporciones desconocidas.

Además merece no ser olvidada la opinión de Emilio Fouquet á propósito de la monomanía de extractar páginas escogidas

de autores que se quiere sean conocidos. Recuerda, con esta oportunidad, la mariposa de Taine. La historia es conocida.

Un naturalista amigo del gran filósofo francés, le dice un día: "Puesto una mariposa, quiero verla y conocerla." Taine vió adherido á un cartón, distinguió varios fragmentos: alas, cabeza, miembros, colocados en orden, según sabía y rigurosa clasificación.

Los pocos fragmentos, vistos, eran lo mejor de la mariposa. Los buenos selectos de obras de grandes autores, producen igual efecto.

XVI

Como crítico de trabajos dedicados al teatro, Francisco Sarmiento está considerado como verdadero maestro.

Por regla de apreciación, tiene una invariable: atender en lo absoluto, á las impresiones que manifiesta el público, durante la representación de la obra que trata de juzgar.

Vé más lejos. Es costumbre en Francia, cuando el estreno de una pieza dramática, levanta, para esa noche, á lo que puede llamarse la aristocracia del talento: concurren sólo autores notables, compositores distinguidos, redactores de diarios, etc.

Pues bien, Sarmiento presta poca atención al juicio expresado por esta clase social, y dá entera importancia al del público que paga, por creerlo más ingenuo.

Como antecedente crítico, conviene aplicar dicha regla, á las obras de Montalvo.

Desde que Guayaquil tiene teatro, no hay error en afirmar que nunca se ha visto público más entusiasta ni más impresionado que en las noches de las representaciones de "Cruzaja" y el "Desconjugado". Los actores fueran llamados al presente multitud de veces; y cuando éstos presentaban al público el retrato del autor, hombres y mujeres se ponían de pie, prostrándose en gritos atronadores.

Fácil es preveer las objeciones que se hagan.

El entusiasmo habido, dirán, más que una ovación á Montalvo, era una demostración política.

Por más ilustrado que se suponga al público de Guayaquil, no es posible concederle las dotes críticas que tiene el de París.

La réplica es sencilla. En época de mayor tirantez política, aún al ser oídas alusiones del caso, jamás se vió cosa semejante. "El Descomulgado" y "Granja", eran, además, obras ajenas á la política.

El público de Guayaquil, como otros muchos de Sud-América, con motivo de que en sus teatros se presentan piezas escogidas, de mérito indudable, ha educado el gusto de la manera más delicada. Infinidad de dramas que alcanzan *casa llena* y que deleitan á espectadores de Europa, aquí causarían indignación, y gente de *cazuela* se desahogaría con silbatos.

Y no se arguya con la aceptación que siempre alcanza "D. Juan Tenorio". Cosa idéntica pasa en España. Al decir de Emilio Castelar, el tal drama "es una maceta que florece todos los otoños".

Al día siguiente de las representaciones de "Granja" y "El Descomulgado", los diarios de la ciudad, como era natural, manifestaron su opinión. Algunos, entre ellos los mejor escritos, mostraron estar poco satisfechos del mérito de las obras. Alguien murmuró muy bajo, que por honra del autor, habría convenido más que se hubieran perdido los dramas.

Los motivos para conclusiones tan duras como inesperadas, consistían en que Montalvo había pecado contra los preceptos del arte.

Dijose que en vez de dramas, se tenían largos diálogos, escritos en correctísimo lenguaje, mas faltos de acción.

Dijose que no tenían intriga, ni escenas culminantes, ni objeto social. En resumen: había completa pobreza de medios y recursos teatrales.

Tienen importancia, justicia esos cargos?

Conocidas las tendencias del teatro moderno, tendencias que como nadie conocía Montalvo, la crítica es infundada.

El dogmatismo para sujetar á reglas invariables las obras del genio, sino está abolido por completo, no tardará mucho. La manumisión del talento, no puede tardar más que la manumisión del esclavo.

La crítica moderna debe tener presente este hecho: "Que el arte es flotante é incierto, sujeto á la moda y caprichos. No tiene leyes ni reglas; vive de instintos y sentimientos. El placer que una obra motiva, es la sola medida de su mérito. Esta es la causa de la eterna diversidad en las opiniones".

En obras para el teatro, los autores más distinguidos no buscan sino sencillez de medios, estudio de los caracteres, desarrollo de las verdades humanas. Se ha declarado guerra á muerte á los artificios, ficciones, recursos inesperados, intrigas, en fin, á todo aquello que en lenguaje teatral se llama ficelle.

El gran iniciador de esta campaña es Julio Lemaitre, y debido en parte á ella, acaba de ser nombrado miembro de la Academia Francesa.

Montalvo, en sus dramas, manifiesta iguales tendencias: siguiendo á los clásicos antiguos, más en el espíritu, que en la escuela, intenta un verdadero renacimiento dramático. El argumento lo subordina al interés de los caracteres; en vez de aparatos de tramoya, prefiere el análisis de pasiones y sentimientos.

¿Quién ha olvidado á ese personaje, "El Descomulgado"? ¿Quién á Cornelia? ¿Quién á Granja? ¿Quién al fraile franciscano? Se dan la mano con caracteres creados por Moliere, Corneille, Manzoni.

Los dramas de Montalvo, presentan otra singularidad. En "El Descomulgado", por ejemplo, el protagonista es el autor, Montalvo; el asunto del drama, episodios de su vida. ¡Cuánto tino, cuánta maestría eran necesarios para no traer á menos ó no dar proporciones exageradas á su propia individualidad.

Para ello se sirve de un medio, acaso único en las obras de ese género. Después de haber despertado en la exposición gran interés, respecto del principal personaje, tarda en presentarlo, hasta

sino al contrario por parecerme tan inicuo, que merece la muerte. La virtud también tiene sus peligros: desearla pura y cabal, es aborrecer á los hombres".

Las siguientes líneas inspiran lástima: "Días hay en que quisiera no ser yo: un mal desconocido me inficiona el alma; la vida es una enfermedad para mí; deseo la muerte, y la llamo con cólera; no viene, y rompo á quejarme de ella. ¿El aire contiene para mí solamente un principio venenoso? bebo en el agua este espíritu destructor que se infiltra en mi corazón, y lo hincha hasta llenarme el pecho, y me ahoga sin dejarme la facultad de pedir socorro? Quién és? Por que me persigue? Las ruedas de mi vida se han desmontado; camino á paso desigual y una niebla espesa me circuye. Sino pensara con tanto juicio, me tuviera por loco".

Es indudable: el hombre superior lleva en su ser la nostalgia del ideal. Nada más sombrío que la desproporción de una alma noble con la sociedad mezquina que la rodea.

El estudio de las causas que influyeron en los defectos de Montalvo, conduce á indagar el origen de ese odio y horror que le profesaron muchos de sus contemporáneos. El secreto no es desconocido. Un genio tiene muchos puntos de semejanza con otro. Montalvo es la continuación de Ezequiel. Los defectos del uno son idénticos á los del otro. A Montalvo y Ezequiel odiaron sus contemporáneos.

¿Por qué? "Ambos llenaron la palma de la mano con ascuas encendidas para sembrar en la ciudad; ambos enseñaron que aceptar la servidumbre es tan repugnante como comer estiércol."

Quien realizó tales hechos, debía ser odiado.

No importa! La humanidad progresa. El mérito de Montalvo será conocido en todas sus gigantes proporciones y es muy posible que la presente biografía, censurable en la actualidad, sea tolerada después de un siglo.